

Decimotercer domingo del Tiempo Ordinario B2024

Todos amamos la vida y queremos vivir el mayor tiempo posible. Por eso, cuidamos de nuestra salud y la de nuestra familia. Sin embargo, a pesar de este amor a la vida, no podemos escapar de la realidad de la muerte. Tarde o temprano, tendremos que enfrentarnos a la muerte y dejar atrás todo lo que tanto hemos atesorado.

Al enfrentarnos a tal realidad, a menudo nos viene a la mente una pregunta: ¿Por qué vamos a morir? Después de todo, ¿qué es la muerte? ¿De dónde viene? ¿Por qué Dios lo creó? A estas preguntas el libro de la Sabiduría responde: Dios no hizo la muerte. Todo lo que creó desde el principio fue bueno. El ser humano ha sido creado de forma imperecedera y a imagen de su propia naturaleza. La muerte entró en el mundo por envidia del diablo. Desde entonces, se ha convertido en parte de nuestra naturaleza humana hasta el punto de que no podemos escapar de ella.

Seguramente de lo que habla el texto es de la muerte física. Sabemos, sin embargo, que la intención de Dios desde el principio fue que vivamos eternamente con él, en su Reino. Esto es lo que sugiere san Juan al decir: “Dios envió a su hijo Jesús al mundo, para que todo aquel que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna” (3, 16).

Esta misión de dar vida es la que Jesús está cumpliendo en el evangelio de hoy a través de la curación de la mujer enferma y la resurrección de la hija del oficial de la sinagoga. Estos dos casos son significativamente importantes para nosotros. Nos dicen algo del Reino de Dios en su relación con la vida humana. En primer lugar, tenemos a Jairo, el jefe de la sinagoga, que implora a Jesús que salve a su hija enferma. Luego, tenemos a la señora hemorrágica que también buscaba curación después de muchos años de miseria y sufrimiento.

En ambos casos, Jesús interviene y los sana. Mientras la joven resucitaba de entre los muertos, la mujer hemorrágica recuperaba su plena salud. Lo más importante que nuestro Señor resalta en este Evangelio es la importancia de la fe.

La fe aquí debe entenderse como confianza en nuestro Señor de que él es capaz de dar a quienes todo lo que le piden. La fe es más que el conocimiento acerca de Dios o las cosas acerca de él. Se trata de seguridad y confianza que debemos tener en la palabra de las Escrituras, que aunque nuestra situación sea humanamente imposible, Dios puede cambiarla para mejor y para nuestro bien.

La mujer hemorrágica lo entendió bastante bien. Ella no quería venir y enfrentar a nuestro Señor. Su fe le dijo que incluso desde atrás y en medio de la multitud, si pudiera tocar su manto, sería sanada. Lo que ella quería en su fe es lo que le pasó a ella.

De la misma manera, nuestro Señor pidió al jefe de la sinagoga una sola cosa: no tener miedo de la gravedad de la situación de su hija, sino confiar en él y hacer lo que él recomienda. Al final, le sucedió lo que quería para su hija: la curación. En otras palabras, si bien es cierto que Dios nos da más allá de nuestros méritos y de lo que le pedimos, también nos da según nuestra fe.

El Evangelio de este domingo nos muestra que nuestro Señor es un Dios de lo imposible. Él puede hacer más de lo que esperamos y más allá de lo imaginable. Es cuando estamos encerrados en nuestra situación, cansados y sin saber más qué

hacer; es cuando hemos gastado toda nuestra energía y dinero en buscar alivio sin ningún resultado, que Dios viene a nuestro rescate y nos sorprende con su curación. Aquí el misterio de nuestra vida sigue siendo incomprensible y más allá de nuestra comprensión. Sólo podemos afrontarlo con fe y confianza.

¿Por qué Dios actúa así? ¿Por qué nos deja agotar nuestras energías y fuerzas, e interviene sólo cuando le agrada en su plan? Por ejemplo, ¿por qué dejó que la mujer hemorrágica gastara todo su dinero sin éxito? Bueno, es porque su tiempo no es el nuestro y nuestro tiempo no es el suyo. Como dice el Salmo, “mil años son como un día delante del Señor” (90:4). Lo que consideramos una eternidad es como un instante ante Dios. Contamos los días de nuestra vida según nuestro calendario humano, pero Dios tiene su propio tiempo en el que todo está perpetuamente presente como si sucediera instantáneamente.

El evangelio de hoy nos invita a distinguir la vida en la tierra y la vida eterna en el cielo. Tenemos que tener en cuenta que, aunque nuestro Señor resucitó a la joven de la muerte, ella no se había hecho eterna en la tierra. Incluso si nuestro Señor sanó a la mujer hemorrágica, ella eventualmente murió por causa natural u otra enfermedad. La verdad detrás de todo esto es que la muerte física se ha convertido en nuestra compañera en la tierra. Tenemos que aceptarla con fe y con la esperanza de participar en la resurrección de Jesús al final de nuestra peregrinación en la tierra.

Lo que nuestro Señor ha hecho al resucitar a la joven y al curar a la enferma es mostrar que él es el dueño de la muerte y de la vida. Por tanto, puede dar vida a quienes confían en él. Nuestro Señor quiso también mostrarnos con anticipación lo que nos espera a los que creemos en él. Al final de nuestra peregrinación, compartiremos su resurrección y la alegría del Reino. En su reino no habrá más sufrimiento, ni más lágrimas, ni más muerte, sino gozo eterno.

Mientras tanto estemos en la tierra, tenemos que ayudarnos unos a otros para mantener viva nuestra fe y serena nuestra esperanza en la resurrección. Así como necesitamos apoyarnos unos a otros espiritualmente, también tenemos que apoyarnos unos a otros materialmente. Como dice san Pablo en la segunda lectura, tenemos que compartir las cargas de la vida con los más pobres entre nosotros. Tenemos que aliviar las cargas unos de otros. Cuanto más nos preocupemos por los pobres y los necesitados mientras aliviamos sus sufrimientos materiales, más nos bendecirá el Señor para que podamos tener más hasta el día en que aparezcamos en el hogar celestial de nuestro Padre. Esta es la gracia que tenemos que pedir en esta misa. Pidamos al Señor que aumente nuestra fe en él, a pesar de la situación actual de sufrimiento en la que nos encontramos.

Sabiduría 1: 13-15; 2: 23-24; 2 Corintios 8: 7, 9, 13-15; Mark 5: 21-43



Fecha de la Homilía: el 30 de Juno 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240630homilia.pdf